

El tren de London Bridge

Era una tarde de 1896 a las 17:30.

Mi editor me exigía con impaciencia la entrega de los primeros capítulos de mi novela, pero la inspiración y las ideas no fluían muy bien. Decidí no forzar mi mente y dejar que la inspiración llegara a mí. Y que mejor forma de relajarse y escribir que hacerlo en un tren. El vehículo de locomoción que protagoniza casi todos los libros a los que tengo especial devoción.

Así que fuí a la estación de London Bridge y cogí el tren hacia Brighton, mi ciudad natal, y así si no conseguía inspiración en el tren, la encontraría en la ciudad que tantos recuerdos me traía.

Esperé largo rato, pero del tren nada se sabía, por lo que decidí sentarme en un banco de madera junto con un hombre de aspecto acaudalado.

A pesar de mi contratiempo con el tren decidí ponerme a escribir, pues el tiempo no pasaba en vano. Coloqué la pesada máquina sobre mis piernas y me dispuse a trabajar. Pasó un lapso pero lo único que había conseguido eran muchos encabezados fallidos y papeles arrugados yacentes en el suelo.

-Disculpe mi desfachatez, señorita ¿pero puedo preguntar a qué se debe su visible desasosiego?-espeta de repente el desconocido.

-Esta novela es la única culpable de mi desvelo-respondo.

-Me llamo Gabriel Evans-se presenta tendiéndome la mano-Y usted ¿sería tan amable de decirme su nombre?

-Me llamo Adeline Miller. Encantada.

-Si se precisa mi ayuda bien haría en pedírmelo. Para mí sería un verdadero placer.

-Más placer el mío. Sería dichosa si usted me prestara caballerosamente su ayuda.

-Basta de formalismos, entonces. Tengo miles de historias que contar y miles de anécdotas que narrar. Estoy seguro de que podrá coger alguna referencia.

-Me alagaría que me las contara.

Él sonrió y empezó su relato.

-Era un caluroso verano de 1892 el día 17 de Julio. Era el décimo cumpleaños de mi hermana menor, cuyo nombre es Giselle. Ella pidió un caballo como regalo, y ya que nuestra familia goza de tener buenos terrenos dónde criar a los animales, decidimos satisfacer sus deseos y llevarla al hipódromo. Cuando íbamos de camino vimos de lejos mucho humo y cuando bajamos este establecimiento estaba en llamas. Bajamos corriendo del carruaje y mientras llenaba cubos con agua le dije a mi hermana que

esperara. Yo corrí a arrojar agua al fuego mientras otras personas evacuaban y salvaban a los caballos. Llevábamos aproximadamente media hora de infierno cuando decidieron que nada se podía hacer por el lugar. Entre el abatimiento y el calor que nublaban mis pensamientos, no me di cuenta de la ausencia de mi hermana, pero entonces miré a los lados y me percaté de que ella no estaba.

Empecé a llamarla, desesperado y perdiendo a cada grito las esperanzas de encontrarla con vida. Intenté entrar en el lugar pero las llamas y el humo me lo impidieron. Entonces la vi. Salía del hipódromo como una visión, cabalgando con cansancio a un caballo joven. Nada más salir del recinto, ambos se desplomaron. La llevamos enseguida al hospital y ya allí rezamos para que los resultados fuesen positivos. Al cabo de unas horas el médico nos informó de que todo estaba en relativo orden. Ella despertó a los pocos minutos de que nos permitieran entrar a la habitación y en seguida empezó a preguntar por el caballo. Así que nos llevamos al animal a nuestros establos, dónde por cierto aún sigue. Más tarde, Giselle nos contó detalladamente como había oído los débiles relinchos del caballo atrapado por las maderas ardiendo, y se habían salvado mutuamente.-finalizó sonriendo

Emocionada y le agradecí su tiempo y sus esfuerzos.

-Un gusto para mí, señorita Miller. Espero sinceramente que le haya gustado.

-Me ha encantado. Tengo una idea buenísima para mi novela y por supuesto le haré una dedicatoria al principio del relato.

-Eso significa que ahora está libre ¿no? Y dado que del tren no se sabe nada, me sentiría muy alagado si aceptara mi invitación de invitarla a un chocolate caliente.

-La acepto y con gusto.

Mirándole a sus ojos miel, nos dirigimos hacia la chocolatería. Me dio la impresión de que ese sería el comienzo de una hermosa amistad...

Y no me equivoqué, años más tarde salió publicado y bien criticado el libro de "Envueltos en llamas". Meses después me cambié el nombre por el de Adeline Evans. Y así fue cómo de la desgracia de un retraso de un tren, pude conseguir ese final feliz al que todos estamos destinados.



Elena Díaz Pérez